CAPÍTULO CIII. *Que Fernando Cortés despidió el ejército y hizo diligencia para hallar el tesoro de Motecuhzuma y dio tormento al rey Quauhtemoc*

FUE ESTA VICTORIA MARTES, a trece de agosto, día de San Hipólito, en cuya memoria se hace en Mexico cada año, en tal día, muy solemne fiesta, dando gracias a Dios y llevando en la procesión el pendón de el ejército. Duró el cerco tres meses y el de la ciudad, no más de ochenta días, en los cuales hubo, después de muchos combates, más de sesenta batallas peligrosas. Tuvo Fernando Cortés en él doscientos mil indios de las ciudades amigas y confederadas, novecientos infantes castellanos y ochenta caballos, diez y siete piezas de artillería de poco peso, trece bergantines y seis mil canoas. Murieron menos de cien castellanos, algunos pocos caballos y no muchos indios amigos, en respecto de los mexicanos. De los mexicanos murieron cien mil y algunos dicen que más y entre ellos mucha nobleza, sin los que perecieron de hambre y pestilencia, porque comían poco y bebían agua salada; dormían entre los muertos y estaban en perpetua hedentina, de donde nació la pestilencia que acabó a muchos, porfiando en su pertinacia, porque comiendo ramas y cortezas de árboles y otras cosas semejantes (como dejamos dicho), jamás quisieron paz; y aunque a la postre la recibieron, el rey no la aceptó, porque al principio, contra su consejo, la rehusaron. Teníanse en casa los muertos, porque los enemigos no conociesen su flaqueza; no los comían, porque los mexicanos no usaban comer carne de los suyos. Fue tanta la gente muerta y sangre de indios derramada, que se verifica en ellos lo que dice el psalmo, de los que murieron dentro y fuera de Jerusalén, en la persecución de Antioco, que corrían arroyos de sangre por las calles, como pueden correr de agua, cuando llueve y con ímpetu y fuerza; y no había hombre de todos ellos que enterrase los cuerpos de los difuntos;[1] y pudo decir esta ciudad mexicana, lo que luego dice el psalmo:[2] fuimos hechos oprobio a nuestros convecinos, escarnio y burla a los que estaban en nuestro contorno y redondez; y así, como de la persecución hecha entonces por los gentiles en Jerusalén, se dice en el primero de los Machabeos:[3] toda la casa de Jacob se vistió de confusión. Así este pueblo mexicano, la padeció muy grande, no sólo de sus enemigos, sino también de los que hasta entonces había tenido por amigos, que dejando su amistad se pasaron a los españoles, y tanto mayor fue esta confusión y oprobio, cuanto antes había sido mayor la estimación y reputación de esta república y así dijo el profeta Abacuh:[4] fue lleno de ignominia en lugar de gloria. Como si dijera: comutó la reputación de sus victorias y grandezas en vil y afrentoso vencimiento, y quedó hecha esclava

[1] Psalm. 78.
[2] Psalm. 78.
[3] Mach. 1.
[4] Abac. 2.

de extraños la ciudad que antes había sido señora de todos los confines de esta tierra. Y en todo este conflicto y trabajo, trabajaban las mujeres en servir a los enfermos; curar los heridos; hacer hondas y labrar piedras para tirar y en arrojar piedras de las azuteas. Fue grande la aflicción que estas míseras gentes pasaron estos días; y oí decir a un mestizo, llamado Juan de Tovar, que fue de los primeros que nacieron en esta parte de Tlatelulco y murió de más de ochenta años, que una tía suya, hermana de su madre, con otra de su misma casa (que eran señoras y principales) se metieron en el agua entre unos grandes tules, dándoles a la garganta y llevaron para su sustento un puño de maíz crudo y que estuvieron tres días en aquel lugar tan hondo sin salir de él, con el grande temor que tenían a los enemigos, y espanto que las habían puesto tantas muertes; y con solo aquel puño de maíz se sustentaron, comiéndolo a granos, por intervalos de tiempos.

En el saco de la ciudad los castellanos tomaron el oro, plata y plumería y los indios amigos la ropa y despojo, que fue riquísimo. Mandó Fernando Cortés hacer grandes fuegos en las calles por alegría de la victoria y para purgar al aire, por el gran hedor; y para estar la noche con más recato y que se enterrasen los muertos, hizo herrar algunos hombres y mujeres por esclavos; a todos los demás dejó en libertad. Mandó varar los bergantines y puso al capitán Juan Rodríguez de Villa Fuerte en guarda de ellos; y al cabo de cuatro días, después de haber dado a Dios muchas gracias por tan gran victoria, pensando poner las cosas de su culto en el estado que debía, como católico hijo de la verdadera iglesia, pasó el ejército a Coyohuacan, legua y media de Mexico, en cabo de la calzada que sale a la parte del mediodía, en tierra firme, lugar de indios, bien poblado, adonde dio las gracias a la gente de los pueblos amigos que le habían ayudado y los despidió, ofreciendo de gratificarlos y mantenerlos en justicia y libertad y de llamarlos si hubiese guerra; y con esto se fueron ricos y contentos por haber destruido a Mexico, especialmente los tlaxcaltecas; y a sus capitanes y personas que se habían señalado dio rodelas, armas, mantas ricas y diversas joyas y otros despojos, con que los envió muy contentos y aficionados a servirle. Y también dio libertad a muchos principales que tenían presos, con que se fueron a sus tierras satisfechos. Dio licencia para que los indios que quisiesen pudiesen poblar en Mexico.

Los castellanos, que habían visto los grandes tesoros que tenía Motecuhzuma, pensaron hallarlos con la presa de la ciudad a lo menos los que dejaron, cuando fueron echados de ella; y como no se hallaba nada ni ningún indio lo descubría, como generalmente se decía que los dioses y el rey tenían grandes riquezas, pareció que convenía usar de diligencia, así por la cosa como por dar satisfación al ejército, adonde como se suele ver, se hacían diversos juicios y por la mayor parte temerarios; unos diciendo que Cortés era usurpador de aquellos tesoros y que los escondía; otros que los oficiales reales, por demasiada avaricia, la permitían y se entendían con Cortés, y muchos amenazaban de escribirlo al rey y quejarse; porque después de tantos trabajos y peligros se viesen defraudados de su esperanza.

Estas murmuraciones y el miedo de alguna alteración, que fuese causa de perder lo ganado, movió a Cortés a buscar alguna forma para dar satisfación a la gente. Viéndose por otra parte muy apretado de los oficiales reales que, pareciéndoles que hacían el servicio del rey con demasiado atrevimiento, le molestaban para que usase de diligencia. Pareció en fin (con acuerdo de muchos) que convenía dar tormento a Quauhtemoc y a otro caballero, aunque Fernando Cortés siempre contradecía, afirmando que no convenía irritar a Dios, que les había dado tan gran victoria. El caballero murió en el tormento, sin confesar nada; o porque no lo sabía o porque usaban los indios guardar constantísimamente el secreto que su señor les confiaba; y cuando moría, con mucha atención miraba a Quauhtemoc, de lo cual se hicieron varios juicios. A algunos pareció que lo hacía porque dél tuviese lástima y le permitiese que descubriese el secreto; pero tratóle mal, diciéndole que era hombre muelle y de poco corazón y que tampoco él estaba en deleite. Fernando Cortés mandó quitar a Quauhtemoc del tormento, con imperio y despecho, teniendo por cosa inhumana y avara tratar de tal manera a un rey; y de lo hecho se excusaba, diciendo que había sido importunado, requerido y aun amenazado de Julián de Alderete, tesorero del rey, que le imputaba que había escondido aquellas riquezas y abiertamente le pedía que le hiciese dar el tormento (y con insolencia lo solicitaba, por ser criado de Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, presidente del consejo de las Indias, a quien Fernando Cortés no tenía por amigo). En fin, con lástima universal de todo el ejército, quitaron a Quauhtemoc del tormento, mostrando, en particular, todos los soldados grande sentimiento de este acto; habiendo primero culpado a los superiores, porque no buscaban el tesoro; pero inconstancia es muy ordinaria en el pueblo; y muchos dijeron que el tormento había cesado entonces porque Quauhtemoc confesó que diez días antes de su prisión había echado en la laguna la pieza de artillería, que habían dejado los castellanos cuando los echaron de Mexico; y que antes el mismo Quauhtemoc había dicho que también había de echar en la laguna todo el oro y joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que había de ser vencido. Y aunque se buscó este tesoro con grandísima diligencia, por muchas partes de la laguna, nunca se halló; y así pareció cosa de consideración y casi imposible que se pudiese esconder tan grande riqueza. Algunos de los más principales mexicanos que estaban presos, dieron noticia de sepulturas, adonde se halló algún poco de oro que se llevó para poner en partición.